

por aconsejado limitóse á sacar provecho de sus ventajas. Habiendo firmado el Sumo Pontífice pública y libremente el concordato, Napoleon no tenía razon alguna para mantenerlo secreto. A la verdad habia prometido no publicarlo hasta que se comunicara á los cardenales; pero la mala fé de que se usaba respecto de su persona, el retraso que se notaba en dirigir la tal comunicacion á los purpurados, á pesar de hallarse todos juntos en París á aquella hora, y las denegaciones de muchas gentes de Iglesia, asegurando otras que no existia tal concordato, y otras que habia sido arrancado por la violencia, daban en fin á Napoleon el derecho de publicarlo. De consiguiente lo hizo insertar en el Boletín de las Leyes, como ley del Estado, y debiendo ser cumplida desde aquella fecha. En seguida tomó sus providencias, para que la institucion de los nuevos preladados, significada oficialmente al Papa, se hiciera por el metropolitano, si el Sumo Pontífice no la concedia en el término de seis meses. Además restringió el número de las visitas á Fontainebleau y designó los que podrian ser admitidos á presencia del Papa. Finalmente, decretó sin ruido el arresto y la traslacion á cuarenta leguas de París del cardenal de Pietro, á causa de haberse señalado por sus malos consejos en esta última coyuntura. No se dejó ignorar el motivo de este nuevo rigor en torno del Papa, si bien no lo hizo extensivo á ningun otro de sus consejeros. Se propuso hacer una advertencia y no dar un escándalo.

Pocos dias antes de su marcha á Maguncia, presentóse el príncipe de Schwarzenberg, anunciado como confidente de las resoluciones mas se-

cretas del gabinete austriaco. Ya Napoleon habia despedido para Viena á Mr. de Bubna, despues de gustar su talento, de halagar su amor propio, y de estimular lo mas posible sus buenas disposiciones á favor de Francia. Aplicóse á inculcarle la idea nada adecuada entonces á penetrar en una mente alemana, de que Austria debia aspirar á rehacer con Francia su deteriorada fortuna. Cerca del príncipe de Schwarzenberg intentó lo propio. Este, que no aborrecía á Napoleon de ninguna manera, y por el contrario, tenia motivos personales para mirarle de buen ojo, se empezaba á hallar en grande apuro, porque no queria desagradarle, y procuraba además contemplar las pasiones de su patria, aunque distase mucho de participar de ellas del todo. Mr. de Metternich le habia enviado para que preguntara mucho mas que hablara, encargándole especialmente indagar qué paz se hallaria dispuesto á celebrar Napoleon, é insinuarle que Austria no desenvainaria la espada mas que por la paz, y por una paz completamente alemana. Decir esto al impetuoso Napoleon, radiante de confianza y de ardimiento, no era cosa llana ni agradable. Asi el príncipe de Schwarzenberg aceptó esta mision mal de su grado, y desempeñabala con cierto mal aire. Nada expuso claro, ni satisfactorio, solo habló de la necesidad de la paz, del desencadenamiento de los ánimos en Alemania, y no se atrevió á expresar mas que muy pequeña parte de lo que tenia cargo de hacer presente. Por lo demás, Napoleon no le dejó tiempo ni ocasion de explicarse, halagándole sobremanera, probó á atraerle á sus proyectos; le acreditó una confianza calculada y cogiendo los estados de tro-

pas que tenia sobre su mesa de despacho, se esforzó por persuadirle de que en Francia, Alemania, Italia y España, tenia un millon y ciento ó doscientos mil hombres sobre las armas, que valian bien por su calidad lo que los jóvenes alemanes que se le pusieran en contra, y se hallaban á las órdenes de muy diferentes oficiales, y sobre todo de muy otro caudillo. Afirmó que iba á aniquilar á los rusos y á los prusianos y á repelerlos mas allá del Vístula. Acto continuo trató de persuadir al príncipe de que esta era la ocasion para Austria de hacer la paz cierta y pronta declarándose á favor de Francia, y de hacerla al par mas ventajosa que otra alguna, aceptando la Silesia, un millon de polacos, y la Iliria, cosas todas que se hallaba dispuesto á darle. Aunque dotado el príncipe de Schwarzenberg de una razon firme, conmovióse ante los cálculos de Napoleon; y con todo procuró manifestarle que en la próxima campaña tendria que habérselas con tropas animadas de violento fanatismo; que no seria asunto de una ó dos batallas; que lo mas cuerdo era que pensara entrar en tratos; que Austria estaba determinada á ayudarle; pero que de ningun modo se podria batir contra Europa y á favor de un ajuste que no estuviera en armonia con los intereses y los deseos de Alemania. Napoleon era demasiado fogoso para que se tratara de atajarle en sus impetus con frias razones; y el príncipe de Schwarzenberg conoció á las claras que se queria batir á todo trance; que no le detendria nada; que probablemente ganaria victorias, y juzgó que convendria aguardarlas y conocer su trascendencia antes de asegurar ni de decidir cosa alguna. De consiguiente pronunció algunas

palabras sin energia y sin concierto, y despues callóse, no osando siquiera decir á Napoleon la verdad que sabia y que cumplia á su lealtad darle á conocer sobre un asunto de tanta importancia como el relativo al cuerpo auxiliar austriaco. Afectando Austria continuar fiel al tratado de alianza de 14 de marzo de 1812, siempre debia estar á disposicion de Napoleon el tal cuerpo de tropas, y además entonces su entrada en accion era muy apetecible. Asi Napoleon dijo al príncipe de Schwarzenberg que le iba á expedir órdenes para que avanzara con el príncipe Poniatowski hácia la alta Silesia, y que esperaba que estas órdenes fuesen cumplidas. Sin embargo de saber el príncipe de Schwarzenberg de seguro que su gobierno no queria disparar un tiro, temió confesárselo á Napoleon, y tuvo la debilidad de responderle que obedeceria el cuerpo austriaco.

Despues de probar á convertir al príncipe de Schwarzenberg sin fruto, dirigió Napoleon á sus aliados el gran duque de Baden, el príncipe primado, el duque de Wurzburg, y los reyes de Wurtemberg, de Baviera y de Sajonia, la recomendacion de preparar su contingente, y sobre todo de enviarle cuanta caballería organizada tuvieran disponible. Particularmente insistió cerca del rey de Sajonia, retirado á Ratishona, que tenia consigo los dos mil cuatrocientos hermosos ginetes de que hemos hablado hace poco, y con los cuales contaba Napoleon para agregarlos al cuerpo del mariscal Ney. Esta demanda la hizo como se dá una orden absoluta. Terminadas todas estas disposiciones, y despues de recibir los últimos abrazos de la emperatriz Maria Luisa, enternecida de

resultas de esta separacion, y desconsolada, partió el 15 de abril, tan ardoroso y confiado como á los principios de sus mas hermosas campañas. ¡Feliz y fatal confianza, que debia producir grandes cosas, y tambien nuevos é irreparables desastres por lo excesiva!

LIBRO CUARENTA Y OCHO.

Lutzen y Bautzen.

Continuacion de la mision del principe de Schwarzenberg.—Este abandona á Paris despues de procurar decir á la emperatriz y á Mr. de Basano lo que no habia osado exponer á Napoleon.—Lo acontecido en Viena desde la defecion de Prusia.—Mas que nunca persevera la córte de Austria en el proyecto de mediacion armada, y quiere imponer á las potencias beligerantes una paz favorable á Alemania del todo.—Esfuerzos de esta córte por ganar adictos á su politica.—Lo hecho cerca del rey de Sajonia, retirado á Ratisbona, para obtener la disposicion de las tropas sajonas y de las plazas fuertes del Elba, y la renuncia al gran ducado de Varsovia.—Habiendo obtenido Austria de Federico Augusto la facultad de disponer de sus fuerzas militares, se aprovecha de ella para desembarazarse de la presencia del cuerpo polaco en Cracovia.—No queriendo volver á entrar en lucha con los rusos, celebra un convenio secreto con ellos, por el cual debe retirar sin combatir el cuerpo auxiliar y de traer al principe Poniatowski á los Estados austriacos.—Negociaciones de Austria con Baviera.—Llegada de Mr. de Narbonne á Viena por entonces.—Afectuosa acogida que le hacen el emperador Francisco y Mr. de Metternich.—Este aspira á persuadirle de la necesidad de que la paz se lleve á cabo, y le da á entender que solo á este precio se podrá lograr el apoyo formal del Austria.—Le insinua de nuevo cuales podrán ser las condiciones de la paz propuesta.—Habiendo recibido mon-